

La señal de partida

PILAR MARRERO

UNO SABE QUE la campaña presidencial ha empezado cuando se intensifican dos cosas: los resquemores y gritos de los republicanos sobre los "ilegales" (horroroso calificativo para los inmigrantes sin estatus migratorio, pero así los llaman ellos) y las promesas de los demócratas respecto a cómo resolver lo mismo. Bienvenidos a la lucha por la Presidencia 2012.

Las elecciones no son hasta noviembre del año que viene y parece que hace apenas meses que Barack Obama juró la presidencia, pero aquí estamos de nuevo comenzando un proceso que probablemente sea más desgastante que inspirador. No habrá, de eso estoy segura, la esperanza de cambio que se vivió en el 2008 por la improbable campaña de Obama, el hijo de un keniano y de una estadounidense, un hombre más hábil para hacer bellos discursos que para solucionar los problemas que asumió al ganar la presidencia. Ahora ya vemos las cosas como son: difíciles, aunque no se pierda la esperanza, ya quedó claro que de esta crisis no se saldrá de la noche a la mañana. Será un proceso largo y aún está en veremos el resultado final, puesto que aún no se han solucionado muchos de los problemas pendientes.

Si bien es cierto que cualquiera se hubiera visto sobrepasado por la difícil situación económica del país y todo lo que ella implica, también lo es que Obama generó toda la expectativa del mundo al grabarnos en la mente ese "Change" (Cambio) y ese "Hope" (Esperanza) de su eslogan. El otro día me encontré discutiendo con una amiga, fanática demócrata, que me decía que "él no tiene la culpa de las altas expectativas". Mi respuesta es que los candidatos, para ganar, prometen hasta lo que no tienen y pueden. Así es la política. Luego, los que nos quedamos vestidos y alborotados somos los que pensamos que todo, esta vez, iba a ser diferente. Claro que tiene la culpa. Y nosotros también.

Ahora tenemos que ir a este proceso con los ojos abiertos. Lo que viene no es fácil y no se resuelve con una elección ni con dos. La situación económica que vive Estados Unidos no ocurrió de la noche a la mañana. Lo peor probablemente no ha pasado. Lo que mantiene hundida a la economía —por mucho que haya mejorado ligeramente— es que aún hay millones de propiedades devaluadas en manos de agobiados propietarios, unos están camino al embargo, otros han comenzado a retrasarse en sus pagos. Este año, hace cinco que el mercado de la burbuja inmobiliaria llegó a su nivel más alto: en el 2006 vimos el tope de la burbuja y de ahí comenzó a bajar. Este año, muchas famosas hipotecas de cinco años "solo interés" comienzan a verse en problemas. La pesadilla aún no termina.

Espero que este año que viene seamos más cautos con nuestro voto. Que participemos más, cuestionemos más pero regalemos menos. Esperemos menos pero exijamos más. Así nos irá mejor. (Tomado de La Opinión, de Los Angeles)

FREI BETTO

AL LARGO DE LA historia las normas de conducta las señalaban las religiones. Los dioses y sus oráculos indicaban a los humanos lo cierto y lo erróneo, el bien y el mal. Se forjó el concepto de pecado: todo aquello que va contra la voluntad divina. Y se inyectó en el corazón y en la conciencia de los humanos el sentimiento de culpa.

Cada comunidad debía consultar a los cielos qué procedimiento convenía, y acatar las normas éticas dictadas por los dioses. Sócrates (469-399 a.C.) también hizo el camino del Olimpo en espera de los dictámenes éticos de las divinidades que allí habitaban. Fue en vano. El Olimpo griego era una jaula, en la que impedía un completo libertinaje.

Luego llegó la hora de la razón. Y la mala suerte de Sócrates: por buscar fundamentos éticos en la razón fue

Ética y Amorosidad

acusado de hereje y condenado a muerte por envenenamiento.

A pesar de la herencia filosófica socrástica contenida en las obras de Platón y Aristóteles, en el Occidente la hegemonía cristiana insertó la ética en el concepto de pecado.

Con el anuncio de la carencia de la modernidad y la exacerbación de la razón, el Occidente, a partir del siglo XIX, relativizó la noción de pecado. Incluso entre cristianos, inspirados por una idea menos jurídicista de Dios y más amorosa y misericordiosa.

Hoy nos encontramos en el tercer margen del río... Dejamos la orilla en que predominaba el pecado y todavía no alcanzamos la de la ética. En ese limbo reina la más descarada corrupción. El hombre se ha convertido en lobo para el hombre.

Es urgente llegar cuanto antes al otro margen del río. De ahí tanta insistencia en el tema de la ética. Las empresas crean códigos de ética. Los gobiernos instituyen comisiones de ética pública, las escuelas promueven debates sobre el asunto.

Basta con mirar alrededor para percibir el deterioro ético de la sociedad: un presidente galardonado con el Nobel de la Paz promueve guerras; niños que practican *bullying* en las escuelas; estudiantes que agreden y hasta asesinan a profesores; políticos que se apropian descaradamente de recursos públicos; producciones de entretenimiento para cine y televisión que banalizan el sexo y la violencia.

Ya que no se puede esperar ética en todos los políticos o ética en la política,

Los excesos del 9/11

ILAN STAVANS

UNA DÉCADA DE la tragedia de 9/11, el polvo finalmente se ha asentado. La distancia hace posible un reflexionar mesurado.

Cada año el número de víctimas que fallecen en accidentes automovilísticos a nivel nacional es mayor que el total de muertos en las Torres Gemelas, el Pentágono y los aviones. Igual la gente que perece de alcohol. O de drogas. Nadie llora por ellos. No hay monumentos que les rindan tributo.

Los atentados, obviamente, sacudieron los cimientos de nuestra civilización. De pronto despertó ante nosotros una ideología incontenible: el antiamericanismo musulmán. El 9/11 le dio presencia al flanco radical de esa ideología representado por Osama bin Laden.

Ese líder fue liquidado por nosotros de forma vengativa. Sin embargo, las razones para odiar a este país siguen en pie, acumulándose.

En otras palabras, ni el remordimiento ni la introspección nos han enseñado a ser más humildes. Tampoco nos han permitido entender el porqué de la animosidad contra nosotros. Al contrario, nuestra arrogancia patriótica, nuestro infantilismo están en ascenso.

Nuestros políticos de entonces tergiversaron la amenaza enemiga. Nunca hubo armas de destrucción masiva en Iraq. Atacamos de cualquier manera, destruyendo una sociedad que de por sí estaba en ruinas.

Tampoco nos preparamos debidamente para ocupar Afganistán. La incursión allí ha sido desastrosa.

Ambas guerras, así como la retórica reaccionaria, han desfalcado el presupuesto federal. La deuda externa es exorbitante. Nuestro sistema educativo es raquítico. Nuestras ciudades están en bancarota. El desempleo está por los cielos. ¡Cuán útil sería el dinero que hemos malgastado en esas batallas vergonzosas contra nuestros propios fantasmas!

Mis críticos dirán que es injusto adjudicarle todos nuestros males a los excesos del 9/11. De acuerdo, limitemos la lista a uno solo, máximo dos, los que mejor les convengan a mis críticos. Cualquiera de esos males causa un dolor profundo.



Yo inmigré de México a los Estados Unidos en 1985. Las razones de entonces eran simples: de este lado estaba la esperanza y el futuro. Si viviera aquella decisión otra vez, tomaría una decisión diferente.

Esta nación está de cabeza. Los políticos de ahora tienen la misma saña que los de ayer. Las rencillas partisanas nos carcomen las entrañas. Tanto el espíritu innovador que definió a Norteamérica como ese excepcionalismo que nos caracterizó antaño están estancados.

Pudimos haber madurado y no lo hicimos. (Tomado de El Diario NY)

es necesario instaurar la ética de la política. Introducir en la reforma política mecanismos, como la Ficha Limpia, que impida a los corruptos y bandidos presentarse como candidatos. Establecer mecanismos de riguroso control y eventual castigo (como la revocación de sus mandatos) de todos los que ocupan el poder político, de tal modo que los corruptos en potencia se sientan inhibidos ante la ausencia de impunidad.

"Todo lo puedo, pero no todo me conviene", escribió el apóstol Pablo en la primera carta a los corintios (6,12). Este parámetro indica que la ética implica tolerancia, respeto a los valores del otro, y evita causar trastornos en la convivencia social.

El fundamento de la ética es el amor. En él es que san Pablo "lo podía todo". "Ama y haz lo que quieras", dijo san Agustín tres siglos después del apóstol. (Tomado de Adital)